

SAN TEODOSIO CENOBIARCA, CONFESOR

San Teodosio, llamado Cenobiarca, ó cabeza del estado cenobítico, porque juntó un gran número de religiosos que viviesen en comunidad dentro de un mismo monasterio, nació en una aldea de Capadocia, hacia el año de Jesucristo de 423. Fueron sus padres los más ricos y más distinguidos del lugar. Tuvieron gran cuidado de la educación de su hijo, criándole en el temor santo de Dios y procurando, sobre todo, que las instrucciones fuesen acompañadas de los ejemplos. De esta manera lograron el consuelo de ver los progresos que hacía el niño Teodosio en la ciencia de los santos. No manejaba más libros que los de su devoción, ni tomaba gusto en otro género de lectura. Su aplicación al estudio de las sagradas letras le habilitó en la ciencia de la religión, y su piedad le disgustó tanto del mundo, que le dejó luego que llegó á conocerle. Abrazó el estado eclesiástico, y en poco tiempo fue director y padre espiritual de los mismos que le habían dado el ser y la educación.

Después de haber ejercitado el oficio de lector en la iglesia, se encendió en tan vivos deseos de la perfección, que resolvió dejarlo todo por Jesucristo y retirarse á un desierto, á pasar en él los días de su vida; pero antes quiso conocer mejor la voluntad del Señor, y para descubrirla tomó el partido de ir á visitar los lugares de la Tierra Santa, y consultar de camino á los más famosos solitarios que asombraban entonces al mundo y santificaban los desiertos. Habiendo, pues, dejado como otro Abraham su casa, su patria y sus parientes, tomó el camino de Jerusalén, y al pasar por las cercanías de Antioquía, en Siria, se le excitó un vivo deseo de ir á ver á San Simeón Stylita, que á la sazón vivía sobre una

columna; y, dejándose llevar de él, fue á pedirle su bendición, su consejo y sus oraciones. Apenas le descubrió Simeón, le comenzó á gritar: *Seas bien venido, Teodosio, siervo de Dios*. Atónito y confuso nuestro Santo, sólo correspondió con una profunda humillación, pegando la cara con el polvo, y postrándose hasta el suelo. Mandóle el Santo solitario que se levantase, y le obligó á que subiese á la columna. Allí le abrazó tiernamente, descubrióle los designios que Dios tenía de él, exhortóle á corresponder con fidelidad, y le aconsejó que continuase su viaje.

Después que Teodosio desahogó en parte su devoción y visitó los Santos Lugares, estuvo dudoso por algún tiempo si abrazaría el instituto de los solitarios que viven solos, separados unos de otros, ó el de los cenobitas, que viven muchos juntos en comunidad. Al fin prefirió esto segundo, pareciéndole más seguro, y en cierta manera más perfecto, por las continuas ocasiones que se ofrecen en la vida común de quebrantar la propia voluntad y de sufrirse con caridad los unos á los otros. Púsose luego bajo la disciplina de un santo anciano, llamado Longino, gran maestro de espíritu, que vivía en la torre de David, entregado á ejercicios de penitencia. Admirado el maestro de la virtud del discípulo, se consolaba con la esperanza de tenerle en su compañía hasta la muerte, cuando una virtuosa señora, llamada Icella, le pidió para encargarle el cuidado de una iglesia que acababa de edificar en honor de la Santísima Virgen. El sacrificio fue recíproco, no costando menos al Santo anciano separarse de su querido compañero, que á nuestro Santo desviarse de su dulce compañía; pero hubo de rendirse en virtud de la ley que se había impuesto de obedecer. No estuvo mucho tiempo en esta ocupación, porque á la fama de su santidad concurrió tanta gente por verle y por consultarle, que dejó el empleo, y, retirándose á un desierto vecino, se escondió en una

gruta, donde era tradición que los reyes Magos habían dormido, cuando volvían de Belén de adorar al Salvador. Aquí soltó las riendas á su fervor, entregándose á la contemplación y á todos los rigores de la penitencia. Gastaba en oración los días y las noches, gustando en la íntima comunicación con su Dios la dulzura y suavidad de los consuelos celestiales. Su ayuno era riguroso y perpetuo, sin usar otro alimento que algunas legumbres cocidas en agua, ó algunas hierbas silvestres. Este régimen observó hasta la muerte, que fueron más de treinta años, confesando que no era la menor de sus mortificaciones la precisión de comer; tan mortificado tenía el apetito.

Ya no pensaba más que en vivir ignorado y oculto en su desierto, creyendo que podía ser ésta su vocación, no obstante la resolución primera; pero quería Dios que fuese útil á muchos, y extendió tanto la reputación de su virtud, que concurrió á la gruta una innumerable multitud de gente, pidiéndole con instancias que los tomase bajo su dirección. No podía resistirse á la voluntad de Dios tan descubierta el que había hecho tan generoso sacrificio de la suya, ni podía negarse á los que únicamente le buscaban con el deseo de trabajar eficazmente en el importante negocio de su eterna salvación; y así recibió luego á seis ó á siete, pareciéndole que podía limitarse á este reducido número.

La primera lección que les dio fue que tuviesen perpetuamente en la consideración y en la memoria la imagen de la muerte; persuadido á que entre todos los ejercicios de piedad que se pueden inventar para hacer grandes progresos en la virtud, y para domar las pasiones, el continuo pensamiento de la muerte es el más eficaz de todos. Mandólos construir una especie de bóveda ó cementerio para entierro común; y luego que se concluyó la obra les dijo, con aquella gracia y con

aquella apacibilidad que le hacían tan amable: *Her-
manos, la sepultura ya está abierta; ahora falta quien
haga la dedicación.* Había entre ellos un sacerdote
llamado Basilio, que solamente suspiraba por la dicha de
ver á Dios, y, arrojándose intrépidamente á los pies de
Teodosio, le dijo: *Yo, Padre, la haré, si me das licencia.*
Conoció el Santo con luz del Cielo lo que había de suce-
der , y permitió que Basilio se metiese y se echase en la
sepultura; mandó que le cantasen el Oficio de difuntos,
como se usa en el día del entierro y en el cabo de año; y
al acabarse las oraciones de la Iglesia, por un milagro
nada inferior al de la resurrección de los muertos, Basilio,
sin calentura, sin accidente, sin indisposición, durmió en
el sueño de los santos, y se fue á reposar en el Señor.

Este milagro y otros muchos, que se siguieron á él,
hicieron tan famosa la pequeña y recién nacida
comunidad de Teodosio, y fue tanto el número de los que
concurrieron á ser discípulos suyos, que al fin se vio
precisado á consentir que le edificasen un monasterio
más espacioso para mantenerlos mejor en la disciplina
regular. Pero como se dudase del sitio en que se había de
edificar el monasterio, Teodosio acudió á su ordinario
recurso de la oración; al fin de ella tomó un incensario
para ir á decir Misa á la capilla, que estaba muy distante
de su celda, cuando en medio del camino bajó del Cielo
una hermosa llama, que dejó encendidos los carbones
del incensario, y al punto se desvaneció; con cuya
maravilla conoció el Santo ser aquél el sitio en que
quería Dios se levantase el edificio. Desde entonces hizo
ánimo de no despedir á ninguno de cuantos quisiesen
dejar el mundo, y ponerse bajo su disciplina. Presto se
halló con un prodigioso número, de discípulos. Venían de
todas las partes del mundo personas de la mayor
calidad, oficiales, ministros, caballeros particulares,
señores de la primera distinción, hombres ricos, filósofos,
sabios, doctores, movidos todos de un deseo sincero de

asegurar su eterna salvación, que, renunciándolo todo por Jesucristo, sólo aspiraban á servir á este Señor bajo la disciplina y la dirección del abad Teodosio.

Era sin duda una especie de maravilla ver tanta diversidad de naciones, de estados, de condiciones y de profesiones, juntos todos en un mismo lugar, con tal unión, con tal orden, con tal economía y con tanta regularidad, que ciertamente no era el menos asombroso de todos los milagros. Según iba creciendo el número de los discípulos, iba añadiendo el edificio del monasterio y multiplicando las celdas.

No se vio en el mundo monasterio más vasto ni más numeroso. Parecía una ciudad en el desierto, sin turbación, sin tumulto, sin confusión. En él reinaba eterno y maravilloso silencio; había más de mil monjes, como si hubiera un alma sola.

Para facilitar el oficio divino á los que hablaban diferentes lenguas, edificó cuatro iglesias principales dentro de las paredes del monasterio. Una para los de Asia, Europa y África, que entendían el griego; otra para los armenios, en cuyo número estaban comprendidos los persas y los árabes; otra para los besas ó septentrionales, que hablaban la lengua esclavona y rútnica; y la cuarta, en fin, con grandes habitaciones separadas, para los energúmenos, es decir, para todos aquellos, fuesen religiosos ó seglares, que por secreta disposición de la Divina Providencia estaban poseídos del demonio, que en aquellos tiempos eran innumerables. Todas estas iglesias estaban destinadas para cantar el Oficio divino, según las diferentes lenguas y naciones; pero no se celebraba en todas el sacrificio de la Misa. Esto sólo se hacía en la de los griegos, que era la mayor, y solamente en ésta se comulgaba. Cada día se cantaban los salmos, y se hacía siete veces oración en cada iglesia, según la costumbre,

que es lo que corresponde á las que llamamos Horas canónicas en Occidente; y á la hora señalada todos concurrían á la iglesia mayor á oír Misa y hacer sus devociones.

Persuadido Teodosio de que la ociosidad es madre de todos los vicios , cuidaba que se emplease en el trabajo corporal todo el tiempo que sobraba de la oración y demás ejercicios espirituales. En este oficio manual se hacía todo lo necesario para los menesteres de la casa. Lleno del espíritu de Dios el santo abad, gobernaba aquella comunidad numerosa con tanta prudencia, con tanta dulzura, y con tanta destreza, que cada día brillaba más en ella la piedad y la disciplina religiosa, creciendo en el fervor al paso que se iba aumentando el número de los monjes. Severo consigo mismo, reservaba únicamente la apacibilidad y la indulgencia para todos los demás. Su humildad y sus modales siempre gratos, su temple constantemente sereno, y su semblante risueño perpetuamente, le ganaban el corazón y la confianza de todos sus súbditos. A los que se descuidaban en algo, los reprendía más con ejemplos que con sus palabras: más era modelo que superior de sus religiosos, á los cuales miraba como á hijos y como á hermanos.

Su caridad con los enfermos, con los pobres y con los extraños, en nada era inferior á la que tenía con sus discípulos. Su casa estaba abierta para todos en todos tiempos. Además de las enfermerías que había dentro del monasterio para los monjes, mandó hacer otras para los enfermos de fuera, teniendo también sus hospederías para los pobres y para los peregrinos. Su fe y su confianza en Dios era verdaderamente eficaz y generosa. Asegurado Teodosio de la Divina Providencia, recibía á todo el mundo con alegría, y á cada uno se le asistía con lo que había menester en lo espiritual y corporal, con

tanto cuidado y con tan buen orden, que se anticipaba el socorro á las mismas necesidades. Parece cosa increíble, pero en realidad es verdadera; alguna vez se sirvieron en un solo día más de cien mesas para los forasteros. No podía sufrir que se atendiese á si había ó no había con qué socorrer á los que concurrían, aun en tiempo de hambre. Verdad es que Dios le hizo experimentar más de una vez que á una caridad perfecta, acompañada de una fe viva, nada puede faltarla.

En una hambre universal, que afligió todo el Oriente, concurrió al monasterio tan prodigioso número de pobres, que, espantados los hospederos y limosneros, les cerraron las puertas. Hízolas abrir Teodosio, mandando que se distribuyese á cada uno lo que hubiese menester ; y por un milagro, de que fueron todos testigos, todos quedaron satisfechos sin que la provisión disminuyese, conociéndose desde entonces que cuanto era mayor la liberalidad con que daba, era más abundante lo mucho que recibía. En una Semana Santa fue tanto el concurso de forasteros, que en la víspera de Pascua no quedó ni un solo pan en el monasterio. Viendo el Santo la inquietud que esto causaba en los que no tenían tanta confianza, les dijo con mucha bondad: *Cuidemos, hermanos, de prevenir el altar, y de disponernos para la Comunión de mañana; que en lo demás Dios proveerá.* Con efecto, aquella misma tarde llegó á la puerta del monasterio tan cuantiosa provisión, que bastó para todos los monjes hasta la Pascua de Pentecostés. Refiérese también que un hombre rico y muy piadoso, habiendo hecho grandes limosnas á todos los monasterios vecinos, se olvidó del de Teodosio. Propusieron al santo abad los limosneros, si le parecía conveniente, se hiciese saber las necesidades de la casa á aquel hombre caritativo. De ningún modo, respondió el Santo, que eso sería faltar á la confianza de la Divina Providencia. En aquel mismo día se la premió Dios; porque, habiendo llegado á la puerta del

monasterio un hombre que llevaba grande provisión de víveres para otros, se quedaron inmóviles las caballerías que conducían el convoy, sin ser posible hacerlas dar un paso adelante; y con señal tan manifiesta de la voluntad divina, dejó rico al convento de Teodosio para muchos días.

Profesaban estrecha amistad San Sabas y nuestro Santo y comúnmente los apóstoles de los desiertos de Palestina. San Sabas gobernaba un gran número de solitarios en su Laura, y Teodosio un número mucho mayor de cenobitas en su convento. Movidos los herejes eutiquianos de la gran reputación de nuestros Santos, no perdonaron medio, diligencia ni artificio para ganar á su partido á dos hombres tan insignes. El emperador Anastasio, gran fautor de estos herejes, se valió de promesas y de amenazas para engañarlos; pero siempre los halló invencibles. Unidos indisolublemente para defenderlos intereses de Dios y de la Iglesia, se opusieron con intrepidez á la violencia del emperador con un número casi infinito de religiosos y de solitarios. Aunque el carácter de los dos era la humildad y la dulzura, fueron siempre intrépidos é inflexibles en defensa de la verdad. Creyó el emperador que había encontrado el secreto de ganar por lo menos á Teodosio. Envióle una suma de sesenta marcos de oro, con el especioso pretexto de socorrer á los enfermos y á los pobres. Conoció Teodosio el artificio, y supo aprovecharse de él: tomó el dinero, y distribuyólo entre los necesitados. Juzgando el emperador que ya le tenía ganado, le envió una fórmula de confesión eutiquiana, rogándole que la subscribiese. El Santo, en lugar de obedecer, convocó á todos sus monjes, y los exhortó á defender la verdad á costa de la vida. Escribió después al emperador con el celo y el valor que convenía á un hombre apostólico, declarándole que él y todos sus religiosos estaban dispuestos á perder mil veces la vida,

al rigor de los mayores tormentos, antes que separarse en un solo punto de la fe de la Iglesia. Admirado Anastasio de libertad tan generosa, y tan no esperada, aunque le llegaba al alma, disimuló su resentimiento, afectando quedar edificado. Y así le volvió á escribir segunda carta en términos, no sólo templados, sino respetuosos; pero, sin embargo, poco tiempo después expidió nuevos edictos contra la Iglesia, mandándolos obedecer y ejecutar. Con esta noticia, Teodosio, que no había salido del desierto en cincuenta años, voló á Jerusalén á confirmar en la fe á muchos que titubeaban, y un día, en que toda la ciudad había concurrido á la iglesia, subió al pulpito, con licencia del Obispo, y pronunció en alta voz estas palabras: *Si alguno no recibiere los cuatro sagrados concilios ecuménicos como los cuatro santos evangelios, que sea anatematizado.* Una acción tan heroica en un venerable anciano de noventa y cuatro años, produjo todo el efecto que se podía desear. El mismo Dios le quiso autorizar con un milagro; porque, al salir de la iglesia, cierta pobre mujer que adolecía de un cáncer mortal y pestilente, apenas tocó el hábito del Santo, cuando quedó repentina y perfectamente buena. Corrió después Teodosio otras muchas ciudades de la Palestina predicando contra la herejía de los eutiquianos, y haciendo inútil el decreto del emperador. Irritado este príncipe del celo ardiente y eficaz de nuestro Santo, le desterró, mandando que en el mismo día saliese á cumplir su destierro. Obedeció Teodosio, y partió con tanta alegría de verse desterrado por la fe, que confesó no haberla tenido igual en su vida. Pero, habiéndosela quitado al infeliz emperador un rayo poco tiempo después, se salieron de su destierro los santos confesores de Cristo, y Teodosio volvió á su monasterio.

Puédese discurrir con qué gozo sería recibido de sus amados hijos, y cuál sería el recíproco consuelo de los

hijos y del padre. Contaba el Santo á la sazón noventa y cinco años, y vivió después otros once, sin experimentar decadencia en la razón ni en la virtud; antes, al contrario, una y otra cobraban nuevo vigor conforme se iba acercando hacia el fin de la vida. No se practica la mortificación, la devoción, la piedad y el fervor en la vejez si no se ejercitan estas virtudes en la juventud. Jamás quiso dispensar en nada este santo anciano ni en los ejercicios de devoción ni en los rigores de la penitencia. Nunca fue más fervoroso que cuando ya pasaba de cien años. A los ciento y cinco le envió Dios una enfermedad muy dolorosa, que le duró un año, para purificar su virtud y para ejercitar su paciencia. En fin, viendo que se acercaba la hora del descanso eterno, después de haber exhortado á todos sus hijos á la observancia de las reglas y á la penitencia, habiendo recibido los santos sacramentos, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Creador el día 11 de Octubre del año 529, á los ciento y seis de su edad, pasados casi todos en el retiro y en el desierto.

Luego que expiró, un hombre poseído del demonio, que muchas veces le había suplicado en vida pidiese á Dios le librase de aquel trabajo, sin haberlo podido conseguir, se arrojó impetuosamente sobre el cadáver del Santo para abrazarle, y al momento le dejó el maligno espíritu.

Apenas tuvo noticia de su muerte el Patriarca de Jerusalén, llamado Pedro, hombre célebre por su virtud, cuando vino á officiar la Misa del funeral, acompañado de muchos Obispos y de una multitud innumerable de religiosos y solitarios, que concurrieron á los funerales. Enterróse en la caverna de los monjes, donde por largo tiempo había hecho una vida tan santa y tan penitente, y allí fue honrado después por todos los fieles con singular veneración.